el octavo congreso internacional de ciencia política

(Temas especiales)

OSCAR URIBE VILLEGAS

Las aportaciones del grupo que se ocupó de las relaciones entre la biología y la política, en el Octavo Congreso Mundial de Ciencia Política, fueron las de: Luis Sánchez Agosti (de Madrid), Robert B. Stauffer (de Hawaii), W. E. MacAlpine y Ralph P. Hunmel (de la Universidad de Fordham), Dean Jaros (de la de Kentucky), Milton Lodge y John Wahlke (de la de Iowa), Ali A. Mazruí (de la Universidad Makers, de Kampala, Uganda) y David C. Schwarz (de Pennsylvania), así como las de R. J. Halliday (de Warmich), James C. Davies (de Oregón), Ch. R. Adrian (de California), Henry Beck (de Stanford), Th. L. Thorson (de Toronto e Indiana), Le Roy Ferguson y sus colaboradores (de Michigan), M. W. Wanner (de la Universidad de Washington) Aaron Bell, J. D. Singer y Ursula Luterbracher (de Michigan).

Estos distintos autores se refirieron a las teorías de ciertos pensadores en la materia: a la biología, la política y la sociedad en Ortega y Gasset; al darwinismo social; a la recepción que en Finlandia se dio a la teoría organísmica de Rudolf Kjellen; a las relaciones más generales entre la política y las ciencias de la vida (que, conjuntadas, pueden establecer una teoría de la ecología bioconductista); a los fundamentos biológicos de la ciencia política, producto de una era posconductista; a las relaciones que pueden descubrirse entre lo biológico y lo político (y, más particularmente, entre las características físicas y las actitudes políticas); a los intentos hechos para correlacionar las medidas sicofisio-

lógicas y las verbales de las actitudes políticas; al establecimiento de analogías entre el amontonamiento y el combate de los animales y los correspondientes rasgos de las sociedades humanas (a partir de una particular referencia al sistema interestatal europeo tal y como funcionó entre 1816 y 1965); a la exploración del significado y la repercusión que ciertas características físicas (como el cabello) pueden tener en la política; a la determinación de si ciertos modos de comportamiento social de repercusión política (como la agresión y la violencia) son o no innatos; a la manera en que ciertos fenómenos de importancia política —como el carisma— pueden someterse a una modelación biosocial, y al examen de los efectos que el uso de las drogas tiene en la conducta política y en los cambios de ésta.

Luis Sánchez Agosti subraya, en el pensamiento de José Ortega y Gasset, la unidad sicofísica del organismo viviente; la distinción de dos niveles en el hombre (el de la vitalidad espontánea y el de la naturaleza intelectual que lo liga a fines trascendentes); el que la acción política es —sobre todo— vitalidad espontánea y naturaleza objetiva; el que ésta se diversifica en los distintos pueblos, adquiere diversos niveles en diferentes generaciones y, fundamentalmente, procede de la convivencia (de la interacción constante del yo y su circunstancia tanto natural como social).

Ali Mazruí toma como trasfondo de su estudio el significado biológico del pelo en el ser humano, y muestra sus cambios a través del tiempo. El pelo (espe-

cialmente el facial) procede de una creciente diferenciación sexual y adquiere —después— el significado de “masculinidad”. Concomitantemente, el rostro adquiere una significación humana en cuanto área de relevancia sexual; en cuanto aparece el estilo humano de ayuntamiento cara a cara.

El distinguido catedrático africano registra la forma en que la barba dejó de significar hombría (puramente biológica) para pasar a representar virilidad (en sentido social), y ejemplifica con el caso de los “leales” de Baganza que se dejaron crecer la barba como protesta por el exilio de su rey. Señala —también— cómo el pelo significó, ulteriormente, una paternidad dignificada cuando se le vio en términos de las largas barbas del patriarca, que, aun cuando ya era impotente en lo biológico, quedaba ameritado por sus anteriores luchas sociales.

Mazruí explora también el significado que el pelo ha tenido dentro de perspectivas imperiales (discriminatorias) y nacionalistas (reivindicadoras). El pelo del negro fue un estigma para racistas e imperialistas y, como resultado de esto, quienes teniéndolo aceptaban la valoración negativa que de ellos se hacía, prefirieron “alaciarlo”, hasta que ha llegado un momento en que en el ineludible penduleo quienes reivindican los derechos de la negritud han llegado a hacer de su pelo, símbolo de orgullo étnico; un elemento objetivo en el que se incorpora su actitud de reto frente a quienes los discriminan.

Ligado con ese conflicto, pero sin confundirse con él, surge el simbolismo del pelo humano como medio de identificación con el propio grupo; como forma de aceptación de su pertenencia a él. Y, dentro de cada grupo o a través de los grupos, la forma de arreglo del pelo suele servir para diferenciar clases, sexos, ocupaciones. El pelo cumple, así, una función semiótica, próxima de lo lingüístico.

En el estudio politicológico de ese carácter biológico que es el pelo humano inciden —según Mazruí— por una parte, el darwinismo que lo explica en función de una diferenciación sexual, y —por otra— el “sansonismo” que lo interpreta como símbolo de fuerza y poder. Pero el catedrático de Uganda llega a la conclusión de que el pelo “ni es un anacronismo biológico ni una fuente de gran poder, sino una contribución de la biología al mundo del ritual social y religioso, de la innovación cultural y de la articulación política”.

En una tónica de investigación fundamentalmente distinta de la de Mazruí pero que también revela la im-

portancia del lenguaje y sus conexiones psicológicas, sociológicas y políticas, Lodge y Wahlker: 1) Han medido las actitudes políticas a través de las reacciones a) fisiológicas —por un lado— y b) verbales —por otro—; 2) Han calculado las correlaciones respectivas, y 3) Han encontrado: a) Que el índice pearsoniano de correlación es bajo entre las medidas de la pulsación y las elaboradas a partir de las respuestas orales; b) Que la correlación por rangos muestra relaciones estructurales entre una y otras (respuestas positivas y alta reactividad fisiológica, respuestas positivas y baja reactividad), y c) Que estas mismas correlaciones sugieren que las “incongruencias” entre unas y otras se pueden interpretar como manifestaciones de actitudes ambivalentes, así como que la congruencia fisiologicoverbal es mayor en aquellos grupos en los que se puede suponer que hay mayor facilidad de verbalización y de introspección.

Hummel, en sus estudios sobre la modelación bio-social del carisma, encuentra que las situaciones carismáticas suelen ir precedidas de cambios sociales; que éstos parecen resultar de ciertas tensiones, y que las tensiones no sólo se ejercen “sobre el mapa afectivo y cognitivo de los miembros individuales de una sociedad sino, también, a través de ese mapa, en la satisfacción o insatisfacción de necesidades biológicas”.

Dos de las comunicaciones de esta sección se refirieron a la repercusión que el uso de las drogas tiene en la conducta y en el cambio político: la de Jaros habla de la desocialización bioquímica producida por los depresivos, así como de sus consecuencias políticas; la de Stauffer, de la acción que los mismos tienen en las transformaciones políticas.

Jaros parte de la hipótesis de que las orientaciones políticas que apoyan al régimen pueden explicarse políticamente; que “puesto que los depresores debilitan la capacidad discriminadora, los drogados han de preferir alternativas políticas más burdas”. En su investigación encontró que los depresores —de por sí— afectan poco el comportamiento político; que la naturaleza sustantiva de las elecciones responde modestamente a las dosis más fuertes de pentobarbital; pero que si esto ocurre en grupos de individuos de mentalidad más o menos compleja, puede ser que no suceda así (sino que produzca respuestas mayores) entre individuos más simples, menos “artificiosos o sofisticados”.

Pero en tanto Jaros busca una explicación inmediatamente biológica de un hecho social, Stauffer trata de explicar lo social por lo social: trata de mostrar cuál es la acción de esos depresores en la conducta política

—sí—, pero no ya en forma inmediata, sino través de sus efectos fisiológicos y —más aún— sicosociales.

Stauffer encuentra que la bibliografía que existe sobre drogas es poco utilizable por el politólogo; pero señala que el empleo de las drogas tiende a vincular a los drogadictos; que uso y agrupación son percibidos como una amenaza por la sociedad global; que ésta reprime para conjurar la amenaza, y que la represión crea, por su parte, una acrecentada conciencia de identidad entre los usuarios de las drogas. Esta última —podemos interpolar— hace del grupo un grupo de interés, después, uno de presión y —en último término— aun uno de oposición en el área respectiva, conforme aumentan las presiones de la sociedad. En ciertas condiciones (de máxima represión, de convergencia con otras causas de descontento) el grupo —podemos agregar— deja de ser opositor particularista del régimen (y estar en contra de una política antidroga) para convertirse en opositor universalista del gobierno (revelándose, entonces, en contra de toda su política y en contra del régimen mismo).

El politólogo de la Universidad de Hawaii reconoce que aún no son claros los efectos de las drogas, pero que el uso de los depresivos parece propiciar la agresión y el repliegue social de los individuos; que el de los estimulantes provoca la aparición de ciertos síntomas paranoicos, y que el de los alucinógenos produce una actitud puramente expectante en la vida sociopolítica.

Las drogas entran en el panorama político porque en nuestros días, en ciertas sociedades como la estadounidense, tienden a convertirse en focos de rituales, de cultos, de afiliaciones religio-políticas. Pero, más aún, las drogas pueden ser factores políticos porque “algunos sistemas políticos las han usado como mecanismos explotadores imperialistas”, al grado de que “su creciente uso durante el periodo de migración en masa hacia las áreas urbanas (que acompañó a la industrialización) parece haber sido estimulada quedamente por el gobierno”.

Stauffer cree que lo que está ocurriendo ahora en el “Tercer Mundo”, es algo parecido a eso; pero cree que aquí ni todos los gobiernos han imitado esa política de control imperial por las drogas, ni los que la han imitado lo han hecho siempre.

La relación simbiótica entre la drogadicción y la oposición política suele producir “subgrupos criminalizados, como el de quienes usan la heroína”, y la prohibición punitiva estadounidense, seguida de su imitación por otros gobiernos, le parece que puede “reproducir

(en otros países) el tipo de subculturas criminales existentes en Estados Unidos de América”.

Como él mismo señala, la mera mención de estos extremos muestra que hay una lista de variables que es suficientemente importante como para que el tema de las repercusiones políticas del uso de las drogas se incluya dentro de la temática expendente de la ciencia política contemporánea.

MacAlpine, por su parte, introduce un criterio económico en politología, en cuanto revela la escasez del recurso político conocido como “capacidad de control”. Debido a sus características biológicas y psicológicas, el hombre —como la máquina, aunque menos que ella— sólo tiene una capacidad limitada para elaborar la información, que le llega (*information processing limitations*). De ahí que esté condenado al fracaso todo aquel que diseñe una política sobre la base de considerar que es ilimitada la capacidad humana para elaborar información. De ahí que, si se ha de usar eficazmente ese recurso escaso (capacidad de control), quien diseñe una política deba dejar que actúen los mecanismos tradicionales en todas aquellas áreas que no sean vitales para su estrategia, y tenga que canalizar todo su esfuerzo hacia esos centros neurálgicos, para lo cual deberá someterlos a convergentes fuerzas controladoras —de máxima intensidad y eficiencia—, capaces de asegurar el éxito de las innovaciones.

A pesar de lo disparate de las contribuciones que se hicieron a esta sección “de biología y política”, se puede observar que quienes participaron en ella supieron salvarse de los peligros de un darwinismo o un organicismo groseros, y descubrir cuáles son los terrenos dignos de exploración, mediante el uso de criterios crecientemente rigurosos de explicación de lo social por lo social. En particular, tiene razón Mazruí cuando muestra que no es un carácter fisiológico (color, textura, sección del pelo) el que explica unas conductas políticas en forma inmediata, ya que es el significado (semántica, sociolingüística, axiología social) que a ese rasgo le dan las sociedades o sus grupos lo que permite explicar ciertos fenómenos políticos. Esto, en términos más amplios, cabría dentro de una “sociosemiótica” (el término es de Julien Greimas) que, en último término, vendría a converger con la concepción weberiana que hace de la sociología “el estudio de conductas dotadas de sentido”, ya que ella está destinada a estudiar, precisamente, los medios por los que se manifiesta ese sentido de las conductas humanas.

En el Octavo Congreso Internacional de Ciencia

Política, la sección consagrada a los estudios comparativos de la política local contó con las contribuciones de Philip E. Jacob, Edward Hayes, Krzysztof Ostrowski, Lester W. Milbrath, Yasumasa Kuroda, Norton E. Long, J. A. Brand, Elinor Rubens Bowen, Sylvester Zawadzki y Fanny Tabak, de las Universidades de Pensilvania, de Wisconsin, de Nueva York, de Hawaii, de Missouri, de Strathclyde, de Cleveland y de Varsovia, y de la Fundación Getulio Vargas, de Río de Janeiro.

Las comunicaciones versaron sobre los valores y la vitalidad pública, puestos en términos de la dinámica política de las actividades comunitarias; sobre la ciencia política, el localismo comparado y las direcciones para la investigación de los sistemas políticos locales y los procesos sociales generales; sobre el estudio comparado de ciertos puntos locales, a base de un paradigma; sobre el estudio comparativo de la política local en Asia, con vistas a la revisión y sugestión metodológicas; sobre el inventario de condiciones humanas y el estudio comparado del gobierno local; sobre el apoyo a los procedimientos democráticos en las ciudades escocesas, y la teoría de los sistemas como enfoque de la política subnacional comparada (particularmente en relación con el problema de la fijación de límites para ésta); sobre el estudio del poder local en Polonia, y sobre la investigación empírica de la política local, particularmente en relación con las tendencias latinoamericanas

La contribución de Ostrowski señaló la importancia que tiene reconocer que la idea misma de sistema político-local lleva implícita la de pertenencia o afiliación a un sistema político más amplio y que, por lo mismo, las modalidades de esa vinculación y sus consecuencias deben de ser examinadas en vez de darlas simplemente por supuestas. Conforme a sus anotaciones:

En caso de que no se examinen esos supuestos, o habrá ciertos procesos generales que se descompongan en las unidades políticas locales, los cuales, así, quedarán oscurecidos, o habrá ciertas características del sistema que influyen en lo que se observa en el nivel local y que, de este modo, acabarán por perderse.

Yusumasa Kuroda, al revisar los estudios comparativos de las políticas locales en Asia, comienza por señalar que nuestro conocimiento del modo en que opera la política local en el mundo aún es incipiente, y que el mismo debe de orientarse —desde el principio— metodológicamente. Recuerda que ya se han hecho sugerencias para establecer archivos de datos sobre estos problemas; pero se pregunta —también— cuál será el paso

siguiente una vez que se tenga toda clase de datos sobre la estructura potencial (o de poder) de la comunidad.

Piensa Kuroda que, en este sentido, son particularmente fructíferos y deben tomarse como ejemplo los análisis secundarios (del tipo de los realizados por Walton y Gilbert en 1966 y 1967) y recoger de ellos ciertas enseñanzas. Entre éstas destaca aquella según la cual, si se utiliza un solo método para la identificación de una estructura de poder, se corre un peligro que debe combatirse mediante una complementación metodológica (a través del uso de variables demográficas, económicas, sociales y políticas capaces de afectar esa estructura).

A más de esto, piensa Kuroda que el estudio de la política local tiene que partir de un examen de la literatura existente sobre ese tema, y pasar a la categorización adecuada de la misma mediante rubros como los de: “estructura del poder local”, “política local”, “elecciones locales”, “problemas locales y encuestas de opinión sobre ellos”, “política local y nacional”, “política local y cambio social” y “teorías sobre la política local”.

El estudio de Elinor Rubens Bowen indica: 1) Que los esfuerzos para conceptualizar los límites de las unidades políticas subnacionales tienden a incrementar el rendimiento de la ciencia política en este aspecto; 2) Que en este sentido se pueden identificar los subsistemas políticos completos mediante el uso de enfoques: a) estructuro-funcionalistas y de intercambios o funciones políticas, y b) de comparación entre unidades elegidas por sus atributos socioeconómicos; 3) Que el criterio para elegir uno de entre esos dos enfoques no es claro, y que más bien parece que debe buscarse su complementación, ya que cada uno produce un tipo de resultado y que el uno es distinto del producido por el otro. En efecto, según esta congresista, el primer enfoque puede producir una tipología que a su vez permitirá, en una primera versión, la “simulación” metodológica o, en una segunda, la construcción de hipótesis (más que de paradigmas), mientras que el segundo enfoque puede conducir hacia una investigación empírica.

La autora señala la relevancia que para este tipo de estudios tiene el trabajo primitivo de David Easton, así como algunos otros, derivados, como el de Almond, que enumera las funciones políticas.

En términos conclusivos, Rubens Bowen define a un subsistema como una unidad jerárquicamente inferior a un sistema, pero reconoce que cuando el subsistema se autocontiene en grado considerable, puede ser

tratado *como si* fuera un sistema. A eso agrega que sólo la investigación de cuáles son los métodos aplicables es la que puede determinar, en un momento dado, si puede ser fructífera la aplicación de los conceptos propios de un sistema a una unidad subnacional y si —por tanto— debe proseguirse o si la misma es infructuosa y debe discontinuarse.

Brand —al estudiar el apoyo que se ha dado a los procedimientos democráticos en las ciudades escocesas— partió de la hipótesis de que existían tendencias democráticas entre quienes trabajaban en un partido; pero tuvo que rechazar tanto esa hipótesis como la correlativa de que las preguntas y respuestas habrían de mostrar una progresión continua que iría desde los electores hasta quienes trabajan dentro del partido, y desde éstos hasta los consejeros. En cambio sus pesquisas mostraron que quienes trabajan en los partidos son quienes muestran mayor aprehensión respecto a las actividades de aquellos grupos que no son representativos. De todos modos, piensa que para determinar cuáles son los procedimientos operantes del sistema político que los diferentes grupos de dentro del sistema consideran como legítimos, hay que trabajar mucho más en esta área, y que esto es indispensable si se quiere llegar a tener una idea clara de lo que es la política local (en general) y de cómo opera en ambientes claramente determinados (en particular).

La aportación de Fanny Tabak, sobre las tendencias que la política local latinoamericana ha venido mostrando a partir de 1950, se basa en los estudios cada vez más numerosos que se producen en el área y que abundan particularmente en Brasil (donde los hay sobre el comportamiento en las votaciones, sobre la renovación de los órganos de poder locales, sobre los factores determinantes de la política local). Todas esas indagaciones, según la autora, muestran que la autonomía local sigue siendo limitada en cuanto se trata de la solución de los problemas elementales, diarios.

La propia señora Tabak indica que la acción política ha evolucionado en Latinoamérica hacia formas a menudo radicales; pero también hace observar que las mismas se producen sobre todo en los medios capitalinos; que ocasionalmente aparecen en los de las capitales provinciales y que raras veces ocurren en los centros de poder de las áreas rurales.

Entre las razones para la apatía generalizada que existe en el área, Fanny Tabak aduce el hecho de que los órganos legislativos no cumplan frecuentemente sus funciones normales y el de que las elecciones no

permitan una participación plena y libre de los ciudadanos. Todo eso —según ella— explica el grado tan bajo de participación de los órganos locales en la política nacional.

De nuestra parte, nos parece que las observaciones de Tabak son correctas en cuanto al bajo grado de participación de las localidades en la política nacional, pero creemos que la explicación rebasa con mucho (sociológica, económica, cultural y políticamente) el ámbito que ella le ha dado. O sea, que en este terreno es aún mucho lo que tienen que trabajar los sociólogos, psicólogos, antropólogos, etnólogos, economistas, politicólogos y juristas de nuestros países, si esa baja participación local ha de entenderse y si en su momento ha de convertirse en participación más elevada.

A la sección dedicada al estudio de las finanzas políticas se presentaron las comunicaciones de: Scott (de Wisconsin); Charlot (de París); Offerdal (de Oslo) y Wells (de Pennsylvania) referentes: 1) A la corrupción electoral como principio de la “maquinaria política”; 2) A la corrupción política dentro de la cultura política francesa; 3) A las reacciones de los votantes frente a las finanzas de los partidos en Estados Unidos de América y en Noruega, y 4) A las finanzas del partido en Costa Rica.

Scott dejó constancia de su propósito de desarrollar un modelo de maquinaria política aplicable a contextos electorales muy diversos: a los de la Inglaterra de principios del XIX; al de la parte urbana de Estados Unidos al finalizar el siglo, y a los de las naciones subdesarrolladas del presente.

Su intento inicial consistió en comparar cómo se distribuyen los beneficios derivados de la corrupción entre diferentes estratos, en diferentes sistemas, y le pareció observar que las entidades políticas burocráticas o militares —como Tailandia— benefician a menos individuos que las entidades dominadas por un partido —que es lo que ocurría con Ghana— o que aquellas en las que hay competencia entre varios partidos —según es el caso de Filipinas— y llega a la conclusión de que, conforme aumenta la masa electoral, tiende a aumentar la corrupción política.

El electorado, por otra parte, tiende a diferenciarse en distintos ambientes sociales, pues hay un electorado que responde principal o únicamente a incentivos materiales en tanto otro responde a estímulos problemáticos y otro más reacciona en las votaciones siguiendo patrones tradicionales de comportamiento.

Scott señala la importancia que tiene para la cons-

titución de la maquinaria del partido la centralización: 1) En el manejo de fondos de campaña; 2) En la distribución de los despojos, y 3) En el patronato frente a los empleos.

Establece, en definitiva, que la maquinaria del partido se caracteriza:

Como una organización electoral competitiva ligada a su clientela casi sólo por recompensas materiales, particularistas; especializadas en organizar y distribuir influencias.

Y agrega que la ideología populista y la jefatura carismática son, en esto, subsidiarias.

Offerdal, en su comunicación, señala que para atender las reacciones de los votantes hacia las finanzas del partido es indispensable observar los rasgos distintivos del sistema de partidos en que se insertan.

Las dos preguntas en que este congresista basó su investigación se refirieron: 1) A la voluntad del individuo para dar dinero al partido, y 2) A su actitud frente al financiamiento público del partido. En relación con lo primero, encontró que esa voluntad o falta de voluntad se relacionaba con la clase social del votante y, en relación con lo segundo, que se vinculaba con una actitud más general —negativa o positiva— frente a las actividades del gobierno.

En el Octavo Congreso Mundial de Sociología, la sección consagrada a los estudios sobre la juventud y la política contó con las contribuciones de: W. Jaide (de Alemania Oriental); B. Hill (de Southampton), Chaszar (de Indiana y Pennsylvania); Kahre (de California); Di Renzo (de Delaware); Dennis (de Wisconsin), Segal (de Buffalo); Schwitzer (de Vancouver) y Elden (de California); de Kramer y Ornauer (de Viena), Chaim Adler (de Jerusalén), Yasumasa Tanaka (de Tokio), Allerbeck y Hartjens (del Franklin and Marshall College).

Esos congresistas se ocuparon de los valores culturales y su significación política: de la socialización política; de la convergencia entre las oposiciones izquierdista y derechista; de la participación de los jóvenes en los llamados movimientos estudiantiles, explicada a través de un conflicto entre generaciones; de la relación existente entre esos mismos movimientos y la política estudiantil, así como de ciertas manifestaciones concretas o de ciertas conductas políticas de los jóvenes. Entre éstas, se estudiaron: las actitudes políticas de los jóvenes en Alemania Federal; el activismo político de los estudiantes en las universidades estadounidenses; el apoyo

que a la nación y al gobierno dan los niños ingleses; el análisis comparativo de las “culturas juveniles” en Israel; las orientaciones políticas de los jóvenes escolares de clase trabajadora, y la diferenciación posicional y de socialización política entre los aprendices y los estudiantes de primaria en la ciudad de Viena.

La comunicación de Schwitzer y Elden incidió sólo tácitamente en la relación que existe entre la convergencia de las oposiciones derechista e izquierdista, por una parte, y las características socioculturales de la juventud por la otra.

Los autores mostraron que las fronteras tradicionales entre las oposiciones políticas extremas se vienen borrando desde que han aparecido la nueva izquierda y la derecha convencional, las cuales tienden a volverse convergentes en una actitud común, contraria al sistema. Su interpretación de esta tendencia es en el sentido de que hay un enojo creciente en contra de: 1) La creciente complejidad de las estructuras; 2) El burocratismo en aumento; 3) La despersonalización producida por la sociedad posindustrial y que ésta se manifiesta en la reivindicación de la dignidad personal.

La búsqueda se encamina ahora por los rumbos: 1) O de una sociedad semianarquista, o 2) De la creciente participación ciudadana en el gobierno. Literalmente, esos congresistas asientan que:

La Nueva Izquierda busca un gobierno basado en una comunidad en la que cada quien pueda extraer de los recursos comunes —tangibles e intangibles— lo necesario para alcanzar niveles superiores de autorrealización personal.

La diferencia se refiere a una divergente concepción del Estado: dentro de un individualismo atomístico, en un caso; dentro de un igualitarismo comunitario, en el otro.

Los autores creen ver que frente a la “nueva izquierda” surge un “libertarianismo” que es como un primer signo de un conservadurismo nuevo; de una “nueva derecha” próxima a surgir en el futuro.

Jaide y Helle observan que, en Alemania Federal, el deseo que los jóvenes tienen de comprometerse políticamente se correlaciona en forma significativa y positiva con los niveles más altos de “escolaridad” y que, al través de ello, ese deseo se vincula con una alta posición socioeconómica de sus padres.

En sus conclusiones acerca del activismo político de los jóvenes estudiantes estadounidenses, Khare muestra que lo que más les duele a éstos es que no se les deje

opinar acerca de su propio destino; que si bien es cierto que los movimientos estudiantiles muestran convergencias, también es verdad que presentan notables tendencias divergentes, y que éstas pueden explicarse por una falta de comunicación: 1) De los estudiantes con los profesores; 2) De los estudiantes con las autoridades universitarias, y —agregaríamos— 3) De los universitarios con el resto de la sociedad; pero también 4) De los estudiantes entre sí.

A pesar de esta falta de comunicación no sólo vertical sino horizontal (lateral), hay convergencias notables en movimientos en los que los diferentes problemas sociopolíticos interactúan en forma notable. Así se constituyen racimos problemáticos que —según Khare— hacen que:

Estos jóvenes parezcan ver que los recursos de universidades e institutos debieran de utilizarse —con fruto— para curar a una sociedad enferma que practica la discriminación en contra de grupos étnicos y generacionales; que emplea un sistema de despilfarro que los hace improductivos, y que está envuelta en guerras injustas y sin sentido, como la de Sudvietnam y Cambodia.

Roberto S. Sigel —en su pesquisa sobre los niños de clase trabajadora y sus orientaciones políticas en Estados Unidos de América— afirma que tanto ellos como los de clase media “han captado muy bien la retórica de la democracia, pero casi sin llegar a entender sus principios subrayantes”.

Los niños estudiados por Sigel valoraron más el sistema *político* que la práctica *administrativa* estadounidenses; pero aun lo que la investigadora llama “idealización” del sistema, decreció en el curso de los dos años que duró su pesquisa, al tiempo que crecía la devalorización que esos niños hacían de la práctica administrativa. Ambas tendencias —convergentes— explican la creciente agudeza de las demandas infantiles.

La señora Sigel observó que el interés político fue mayor entre los niños de clase media; que ellos tenderían a ser más y más presionantes; o sea que los reclamos procederán, más y más, “de aquellos que más se benefician con la gestión del gobierno”, aun cuando a ella le parece que ni a los de clase media ni a los de clase trabajadora se les puede considerar como “jóvenes alineados” respecto del sistema estadounidense.

El estudio de los Kramer y de Ornauer parece mostrar cómo en otra sociedad (la austriaca), en función de condiciones sociales diferentes y de tradiciones políticas distintas, los resultados pueden ser notablemente

divergentes. En él se indica que las diferencias de politización familiar, interés político, conocimiento y actitudes políticas entre los aprendices y los escolares de primaria son notables, y se atribuyen éstas a las condiciones políticas de Austria, un país cuyas votaciones altas, y de alta afiliación partidista, influye en los jóvenes trabajadores. Son éstos, jóvenes que crecen con padres afiliados a un partido y que se afilian —ellos mismos— a agrupaciones juveniles. Pero ni siquiera estas condiciones formales estimulan una honda y extendida participación política entre esos jóvenes aprendices a pesar de ser ellos miembros de un medio muy politizado, nutrido de tradición democrática obrera, como es el de la ciudad de Viena.

La sesión del Octavo Congreso Internacional de Ciencia Política destinada a considerar los problemas de la modernización, contó con las aportaciones de E. H. Valsan, L. P. Singh, Colin Leys, Roger W. Benjamin, D. E. Apter y S. Mushi, René Rohan y Teh-Kuang Chang, miembros, respectivamente, de la Universidad Americana de El Cairo; de la de Sir George Williams, de Montreal; de la de Nairobi; de la de Yale y de la de Dar-es-Salaam; de la de Praga y de la Estatal Ball.

Las contribuciones de estos congresistas versaron: 1) Sobre la burocracia desevolventista (a base de un modelo tentativo); 2) Sobre las tendencias hacia la inestabilidad y la institucionalización observables en India; 3) Sobre la política de la modernización económica en la teoría y en la práctica (a base de la interpretación de las experiencias de Kenia); 4) Acerca de algunos aspectos de la institucionalización de los partidos políticos en Japón; 5) Acerca de las relaciones entre la ciencia social y el desarrollo, particularmente desde el ángulo del papel que en ellas le corresponde a la ciencia política; 6) Acerca de la modernización de todo el sistema político, y 7) Sobre la revolución cultural y la modernización política en China Continental.

El estudio de René Rohan señala que la modernización es un proceso incesante que trata de resolver ciertos problemas, entre los que se cuentan los resultantes de la evolución técnica y económica y los conectados con los requerimientos que la racionalización creciente impone en materia de jefatura y de organización de las relaciones sociales. Señala, además, que esta modernización se tiene que realizar hoy sobre la base de reconocer que existen dos sistemas fundamentales distintos, socioeconómicos y políticos, que enmarcan esa modernización.

En términos más concretos, la modernización consiste en una transformación que se relaciona con las exigencias cambiantes de diferentes grupos sociales y, en particular, con las que muestran, en forma creciente, algunos de ellos. En Latinoamérica se ha dado en denominarla revolución o activación de las expectativas, y tanto aquí como en otras partes manifiestan su deseo de insertarse cada vez más en el proceso decisorio de la política y tener una participación creciente en sus realizaciones.

L. P. Singh, al tratar de determinar si en India se está produciendo un desarrollo o una decadencia política, sostuvo uno de los trabajos polémicos de esta sección. En él señaló que el Congreso Nacional Indio, en cuanto partido dominante, institucionalizado hacia la época de la Independencia, había impedido que se vieran las flaquezas internas del sistema político del país; pero que éstas han surgido a la luz a raíz de las Cuartas Elecciones Generales de 1967 y de las intermedias de cinco de los Estados, a principios de 1969. Estas elecciones, según su criterio, “expusieron la artificialidad de la estabilidad política y de la sofisticación democrática, y descubrieron muchas flaquezas operativas básicas del sistema”.

La pintura que él traza no permite ser optimista, en cuanto —como él mismo señala— todavía no hay signos de que esté surgiendo una jefatura (ya sea de carácter personal o de carácter institucional) capaz de responder al reto de la situación actual.

A Singh no le sorprende que se estén produciendo síntomas de decadencia en la política india, sino que no se hayan presentado antes, en cuanto —según sus evaluaciones— se cometió un serio error al no ver en la situación de predominio por un solo partido una “fase formativa”, sino considerar ese predominio como algo definitivo o como un “estado final de equilibrio”. su diagnóstico —controvertido por alguno de los miembros no indios de la sección— fue en el sentido de que es más probable que, en los próximos años, el curso de la política india sea de retroceso y no de avance.

Teh-Kuang chang, profesor chino de una universidad estadounidense, produjo otro de los estudios controvertidos de la reunión al tratar de esquematizar la revolución cultural y la modernización política de China comunista. Según sus apreciaciones, esa revolución cultural fue una revolución de la superestructura, encaminada a destruir la antigua autoridad y a establecer una nueva. Como resultado hubo —según Chang— una centralización de la jefatura política, pero también

una descentralización del poder de control, pues se transfirió del poder del partido al ejército y del nivel nacional al local.

Chang considera que de este modo se produjeron una serie de tensiones, de fricciones, de contradicciones: 1) Entre el poder central y el local; 2) Entre el partido y el ejército; 3) Entre los miembros del partido y quienes no son miembros de él, y 4) Entre los antiguos y los nuevos cuadros.

En realidad, él reconoce que una de esas contradicciones procede del hecho de que:

El movimiento de masas que fue la revolución cultural tuvo influencia considerable en la movilización social: (...) la participación creciente de la masa, promovió la igualdad, y la eliminación de las diferencias entre los trabajadores manuales y los intelectuales, así como entre los cuadros y la masa tuvo por fin elevar el estatuto del proletariado al nivel del que tenían quienes participaban en la política.

Chang indicó que, según la teoría de Mao, la revolución cultural tendría que continuar en tanto subsistieran esas contradicciones, y que son cuatro las que tendrá que resolver China comunista: 1) Las que existen dentro del partido; 2) Las existentes dentro de la nación; 3) Las internas al bloque comunista, y 4) Las que existen entre éste y otros bloques.

Al llegar al punto evaluativo de su comunicación, Chang señaló que “la influencia de la revolución cultural sobre la modernización de China comunista constituye una mezcla simultánea, positiva y negativa, de resultado incierto para el desarrollo futuro”.

La participación de Chang provocó una breve discusión, durante la cual uno de los miembros latinoamericanos del Congreso consideró que el estudio del representante chino debía considerarse, por lo menos, “como una burda simplificación”.

Apter y Mushi, al referirse a las ciencias sociales y el desarrollo, y al delinear el papel de la ciencia política en éste, hablaron de teoría general del desarrollo “o de la elección”. La alternativa es muy significativa y no le puede pasar inadvertida a quien considera que “progreso” no puede haberlo sin “desarrollo” y sin “evolución”; que el desarrollo, para serlo, tiene que ser auténtico, y la evolución, voluntarista. Apter y Mushi dicen que esa teoría necesita tener tres dimensiones: normativa, estructural y conductista.

Esto significa, para ellos, que políticamente el “desarrollo” implica un actuar de acuerdo con normas com-

partidas, con un reparto de papeles, y gracias al respeto que se tenga —una vez conocidos— hacia los determinantes de la motivación y de las relaciones entre la cultura y la personalidad específicas de que se trate.

El “desarrollo” equivale, para ellos, a una “expansión de las elecciones y a una modernización”, o sea —según nuestra interpretación— que el progreso implica un proceso crecientemente voluntario (en términos internacionales, y de representación interna de los grupos) y en una realización que —en términos crecientes— utilice para la actualización de las propias potencialidades los implementos de la tecnología moderna.

Apter y Mushi señalan que:

Un enfoque como éste requiere que los teóricos consideren a las sociedades en proceso de modernización dentro del contexto que proporciona el sistema internacional, y que si bien este último es dinámico y altamente complejo, hay que tratar de entenderlo necesariamente.

Los estudios relativos a las relaciones internacionales fueron aportados por Sarbadhikari de la Universidad Lakehead (de Canadá), Wesson (de California), Sathiyamurthy (de York), Frankel (de Southampton), Singh (de Montreal), Reid (de Southampton también), Sojak (Miembro individual), Mitchell (de Londres), Brucan (M. I.) Dowthi (de la Universidad Hebrea de Jerusalem), Patusiak (del Instituto Polaco de Relaciones Internacionales, de Varsovia), Zawodny (de Pennsylvania), Hanrieder (de California) y Derriennec (de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas de París).

Los temas tratados en esa sección fueron el estudio de los movimientos sociales en referencia a una tipología de las relaciones internacionales; los determinantes internos y externos de la política exterior soviética; el papel internacional de los nuevos Estados (en particular Kenia, Tanzania y Uganda); el interés nacional y la teoría de la vinculación internacional; el equilibrio político doméstico y la política externa de Indonesia; la teoría de la vinculación aplicada a los microestados; los contextos interno y sistémico de la política exterior; la política exterior de las comunidades políticas polarizadas; una teoría sociológica de la política exterior; el faccionalismo de vinculación externa, en cuanto patrón histórico; el enfoque marxista de las relaciones internacionales; la dinámica de los movimientos políticos violentos (que conducen a implicaciones y a dependencias del exterior); la política internacional comparada (en plano analítico) y la intervención y el contagio

en relación con los conflictos limitados y las guerras civiles regionales.

En su comunicación relativa a la teoría de la vinculación y a sus aplicaciones a los “microestados”, Reid señala que dicha teoría se encuentra aún en un estadio francamente experimental; que en el momento actual son más los problemas que suscita que los que resuelve, pero que, con todo, no debe descartársela de inmediato por ese solo hecho pues, a la larga, puede ayudar a determinar: 1) Si el aumento en el número de Estados aumenta o disminuye la estabilidad internacional, y 2) Cuál es la relación entre el número de los Estados miembros, los grados relativos de poder, los tipos de Estado y el número de vínculos entre ellos.

Sojak por su parte, en el estudio de los contextos interno y sistémico de la política internacional, subraya la importancia de las distinciones entre los sistemas socioeconómicos y su impacto en la política externa; la que tiene el interés nacional, y la forma en que la política interna y la internacional son interdependientes, así como la manera en que hay una influencia creciente de la primera sobre la segunda.

En el contexto sistémico encuentra tres factores que han afectado enormemente la política externa: los procesos socialistas, los de liberación nacional y los de cambio científico y tecnológico. Este último se revela en su forma más dramática en el campo militar, en cuanto la guerra se convierte en una prolongación de las acciones políticas.

La tendencia a la integración económica internacional y el papel creciente de la ideología son otros dos procesos que influyen en la política internacional.

Mitchell, en su estudio de los problemas de política externa de las comunidades políticamente polarizadas, trata de determinar cuáles son los factores principales de inestabilidad interna y de conflicto intercomunal dentro de esos sistemas.

A partir del supuesto de que las autoridades políticas nacionales son incapaces de mantener un alto nivel de lealtad de parte de la comunidad minoritaria, encuentra que las respuestas pueden hacer que se vean implicados gobiernos o comunidades de fuera, pues los grupos internos en pugna acaban por buscar aliados para que les ayuden a triunfar en el frente doméstico. Él mismo indica que esos fenómenos sólo se pueden estudiar si se emplea un marco de referencia que no separe tajantemente lo que ocurre dentro del sistema de lo que pasa entre los sistemas nacionales.

Zawodny, en su enfoque de los problemas de organi-

zación y dinámica de los movimientos políticos violentos, indica también cuál es la forma en que éstos conducen a implicaciones y dependencia del exterior. Afirma que:

Es imposible predecir, en términos conductistas, en cualquier nivel de análisis, el grado, la frecuencia, la consistencia y la confiabilidad de las condiciones bajo las cuales un grupo que está empeñado en la violencia buscará ayuda externa.

Pero, independientemente de eso, una vez que un grupo elige la violencia (que puede acarrear su autodestrucción) esa elección le conduce a buscar alianzas con otras unidades nacionales y el último resultado de esto puede ser que el grupo incluso caiga en dependencia respecto de su aliado.

Zawodny apela a una experiencia vivida para prevenir a otros en contra de esa peligrosa búsqueda de alianzas externas, en cuanto dice:

Nosotros no perdimos ante el enemigo sino frente a nuestros aliados (que nos habían dado un tercio

de nuestros suministros y más de diez millones de dólares). En último término, ni nuestro enemigo ni nosotros hicimos las decisiones que determinaron nuestro destino y nuestras fronteras nacionales. Nuestros aliados las hicieron sin consultarnos ni a nosotros ni a nuestros representantes. Así perdimos millones, en vano. . .

Derriennic, en su estudio sobre la intervención y el contagio y sobre los conflictos limitados y las guerras civiles regionales, señala la importancia que tiene distinguir entre la violencia interna y la internacional, y admite como criterios distintivos, dos: el primero establece la distinción entre un conflicto universalista y uno particularista; el segundo se refiere a los métodos de lucha de la guerra regular y las revoluciones.

Un conflicto —dice— puede propagarse en varias formas: puede pasar de interno de un país a interno de otro; de interno a internacional; de internacional a interno. Su propagación depende de su grado de universalismo, de la proximidad geográfica de las unidades, de la unidad, parentesco o semejanza cultural entre ellas.